

decía en su alabanza: «Los que de esta manera se pudieren »encerrar en este pequeño cielo de nuestra alma, en donde »está el que lo hizo á él y á la tierra, crean que llevan exce- »lente camino y que no dejarán de llegar á beber el agua de »la gracia, porque adelantan mucho en poco tiempo. Es como »quien va en una nave, que con un poco de buen tiempo se »pone al fin de la jornada; á los demás, como van por tierra, »les cuesta más» (1). Veis aquí resumidos los dos modos principales de ejercitarnos en la presencia de Dios. Veamos ahora de qué medios hemos de valernos para más fácilmente lograrla.

Ofrecimiento de obras. Hay almas que quisieran estar pensando siempre en Dios, y como esto no es posible porque hay mil objetos y ocupaciones que las distraen, llegan á inquietarse pensando que nunca han de practicar como conviene este santo ejercicio. En primer lugar, equívocase mucho quien juzgue que no está en la presencia de Dios porque no piensa en Él continuamente; pues Dios no nos exige un actual y continuo pensamiento de su presencia, que esto es imposible, sino que especialmente por la mañana ofrezcamos á su mayor honra y gloria todos nuestros pensamientos, palabras, obras, tentaciones y trabajos; y este deseo y esta voluntad, mientras no se retracten por un acto contrario, duran, perseveran, aunque no pensemos continuamente en Dios, y entonces nuestras obras son más meritorias que ese pensamiento continuo que deseamos. Aclaremos esto con algún ejemplo. El farmacéutico no suele pensar en el enfermo—á quien hartas veces no conoce—cuando está preparando los medicamentos; pero su trabajo es para el enfermo más provechoso que si estuviera pensando en él cruzado de brazos. Un niño dormido en el regazo de su

(1) Camin. de perf., cap. 28.

madre está realmente en un sitio envidiable, aunque ésta nada le diga, ni el niño á ella; pero en verdad ambos están gozando y amando. Estamos en la presencia de Dios, dice San Francisco de Sales, aun durmiendo, pues nos dormimos á su vista, y como si dijéramos en su regazo, por agradecerle y cumplir su santa voluntad. Al despertar vemos que Dios está con nosotros, como el niño con su madre, y así siempre estamos en su presencia, ora tengamos los ojos abiertos, ora los tengamos cerrados. No obstante, bueno es acostumbrarnos á renovar durante el día los ofrecimientos y propósitos que hemos hecho por la mañana de obrar y padecer por la gloria de Dios, especialmente los que tratamos de perfección, porque de este modo despertaremos el fervor en el alma, y aun las obras más pequeñas, hechas con este fin, tornaránse de oro purísimo á los ojos de Dios, el cual, en sentir de San Francisco de Sales, no mira tanto el número de las obras, cuanto la intención y fervor con que se hacen (1).

Jaculatorias. El segundo medio que facilita este ejercicio consiste en levantar el corazón á Dios con frecuentes jaculatorias. Como quiera que la práctica de este ejercicio consiste principalmente en actos de la voluntad, y no en discursos y sutilezas del entendimiento que cansarían la cabeza é inutilizarían al alma para la oración, por ello este segundo medio, que consiste en levantar el corazón á Dios valiéndonos de jaculatorias, es el más fácil y el más provechoso y eficaz. Llámense jaculatorias, dice San Buenaventura (2), unos deseos encendidos del corazón con que el alma anhela unirse á Dios con perfecto amor; unos afectos inflamados, unos suspiros vivos de las entrañas con que llama á Dios, acompañados de oraciones breves y fervorosas, que á manera de saetas hieren dulcemente el Corazón divino (3) é infla-

(1) Práct. del amor, lib. 11, cap. 14.

(2) De mystica theologia.
(3) Cant., IV, 9.

man en amor el nuestro. Estas aspiraciones se hacen instantáneamente á toda hora y en todo tiempo, en casa, en la calle, mientras comemos, trabajamos ó descansamos. ¡Cuántas pueden hacerse en un minuto! Tampoco es menester que sean diversas, porque una sola, repetida á menudo con entrañable afecto, es suficiente para andar en este ejercicio muchos días y aun toda la vida. Por ejemplo, podemos decir con el Apóstol: *Señor, ¿qué queréis que haga?* (1), ó con la Esposa: *Mi Amado para mí y yo para Él* (2); ó aquéllas del Profeta: *¿Qué quiero yo, Señor, fuera de Vos en el cielo ni en la tierra?* (3); ó como decía San Ignacio: «Dadme, Señor, »vuestro amor y vuestra gracia, que esto me basta»; ó como solía decir el Beato Juan de Avila: «¡Cuánto te quiero, Jesús mío, cuánto te amo!...»

También podemos levantar el corazón á Dios dándole gracias por los beneficios recibidos ó pidiendo algunas virtudes, unas veces profunda humildad, otras perfecta obediencia, otras caridad, otras paciencia... Quien á ello se acostumbra, puede asegurar que ha hallado un tesoro, un manantial inagotable de merecimientos, porque anda en un continuo ejercicio de amor de Dios, y sobre todo, porque sin trabajo y con gran suavidad está cumpliendo lo que Cristo Nuestro Redentor nos pide en su Evangelio: *Conviene siempre orar y nunca desfallecer.* (4). Por ello dice un Doctor de la Iglesia, y con harta razón, que el que perseverare con gran solitud en este ejercicio, con estos afectos y deseos interiores, logrará tan copioso fruto, que en breve tiempo sentirá mudado y trocado su corazón, y hallará en él aversión particular al mundo y afición singular á Dios. Estas oraciones jaculatorias deben hacerse con profunda humildad y entera

(1) Act., IX, 6; Job, VII, 20;
Joann., VI, 28.
(2) Cant., II, 16.

(3) Psal. LXXII, 25.
(4) Eccli., XVIII, 22; Luc., XVIII,
1; Luc., XXI, 36; I. Timoth., II, 8.

confianza; pues así como el arco, cuanto más se dobla, tanto más lejos envía la saeta, y el ave para volar alta se cose el pecho con la tierra, así el alma tanto más subirá á Dios y con tanta mayor violencia le herirá con estas saetas de amor, cuanto más se humillare y confiare. Y nunca aspirará á Dios de este modo, que Él no la salga al camino y la dé nueva gracia y nuevos dones del cielo (1).

Ver á Dios en las criaturas. Por último, el tercer medio que facilita este ejercicio consiste en ver á Dios en todas las criaturas. Así como Dios ha impreso en nuestra alma la imagen de sí mismo (2), en los seres que carecen de razón ha dejado también una huella, un vestigio de su amor, para que por él le conozcamos. «El cielo, la tierra y todas las cosas »criadas, escribe San Agustín, me están diciendo á toda »hora que ame á Dios, y no cesan de decirlo á todos los »mortales» (3). El sol alumbrándonos, el aire refrescándonos, el fuego calentándonos, la tierra llevándonos en su seno, nos están continuamente dando voces y excitándonos á que pensemos en nuestro Dios y le amemos, puesto que por voluntad divina nos prestan sus servicios. Las aves alegrándonos con la melodía de sus gorgeos; las flores recreándonos con la belleza de sus matices y la suavidad y fragancia de sus aromas; los animales, frutos y plantas sirviéndonos de alimento ó medicina, y en fin, cuantas cosas hay en el mundo, criadas todas para servicio del hombre en sus respectivos usos y propiedades, nos están como forzando á acordarnos de Dios, á amarle entrañablemente y á serle agradecidos. Y no es esto fingimiento, pues aunque todos estos bienes nos los procuran las cosas criadas, Dios es la causa primera que ha puesto á todas ellas para nuestro servicio

(1) Eccli., XXXV, 21.

(2) Génes., I, 26-27; Sapient., II,

23; Eccli., XVII, 1; I. Corinth., XI, 7;
Coloss., III, 10.

(3) Confes., lib. X, cap. 6.

y regalo. Pongamos un ejemplo. Llega un huésped distinguido á casa de un príncipe, y éste manda á sus criados que le sirvan con esmero. Uno de ellos le prepara la mesa, otro la cama, éste la comida, aquél el equipaje y todos se desviven por complacerle de suerte, que hacen muy grata al huésped su estancia en aquel palacio. Si luego se le pregunta quién le ha obsequiado con tan esmerados servicios, ¿se acordará siquiera de mencionar á los criados? No, sino al dueño y señor de la casa que así lo dispuso y en cuyo nombre y por cuya voluntad todos le sirvieron. Pues bien: si esto es cierto tratándose de un señor de la tierra que ni dió vida á sus criados, ni fuerza ni voluntad para que sirvieran y regalaran al mencionado huésped, ¿cuánto más se ha de afirmar de Dios, vida de nuestra vida (1), por quien todo vive y sin cuyo auxilio no podrían las criaturas ni aun moverse para servirnos? (2).

Además, todas las cosas criadas, miradas con los ojos de la fe, nos están recordando á cada momento verdades eternas que no debemos olvidar. El fuego, por ejemplo, nos induce á pensar en los *ardores sempiternos* del infierno (3); las cosas hermosas ó agradables á los sentidos son un trasunto de la belleza increada y de la gloria eterna que esperamos; las desgracias, enfermedades y dolores nos recuerdan que vivimos desterrados en este valle de lágrimas y quebrantos; en las caídas de nuestros prójimos, vemos nuestra nativa ruindad y flaqueza; los gusanos y el polvo que pisamos nos dicen que *en polvo y gusanos hemos de convertirnos* (4), y con todas las cosas y acontecimientos de la vida podemos mantener siempre viva en nuestro corazón la llama del amor divino.

(1) Act., XVII, 28; Rom., XIV, 8; Joann., XI, 25; II. Corinth., XIII, 4; Coloss., III, 4.

(2) Act., XVII, 28; Joel, III, 16; Psal. XVI, 5.

(3) Isai., XXXIII, 14.

(4) Génes., III, 19; Job, XVII, 14.

Procuremos hacerlo así en lo sucesivo, con la gracia del Señor, bien ofreciendo á Dios todos los días—como lo hacemos—nuestros pensamientos, palabras, obras y trabajos, y renovando esta intención en las principales obras del día; bien por medio de jaculatorias breves y fervorosas, ó en fin, viendo á Dios y alabándole en todas las criaturas, pues todas son obra de sus manos (1). Ayuda y facilita maravillosamente este ejercicio el andar con modestia y recogimiento en casa y fuera de ella, porque *Dios nos ve* (2), *Dios está cerca de nosotros* (3), Dios está dentro de nosotros, *Dios está con nosotros* (4). Si hallándonos solos en nuestro retiro, Cristo viniera del cielo á visitarnos, ¿no es cierto que procuraríamos estar en su presencia con la mayor modestia, humildad y reverencia? Pues, hermanas mías, con nosotros está á toda hora la divinidad, no por un modo, sino por muchos, llenándonos y cercándonos con la inmensidad de su Sér (5), mirándonos con su presencia, conservándonos con su poder, regalándonos con sus caricias y abrazándonos con amor inefable. ¿Qué más podemos desear teniendo tan cerca á Dios que colma todos los deseos? ¿Por qué nos entristecemos, si está con nosotros el consuelo de todas las tristezas y la alegría de los cielos? ¿Por qué codiciamos otras amistades, teniendo en casa al más fiel amador de los amigos? (6). *Si el refugio y asilo de nuestras tribulaciones* y trabajos está con nosotros, ¿qué tememos? (7). Cierto que no podemos verlo mientras peregrinemos por este destierro; pero podemos pensar en Él y hablarle á toda hora, porque nos mira, nos escucha y hasta *nos habla* especialmente *en la soledad y repo-*

(1) Sapient., VI, 8; Jerem., LI, 15; Act., XIV, 14; Apocal., XIV, 7.

(2) Job, XXXIV, 21; Prov., XV, 3; Eccli., XXIII, 27.

(3) Psal. CXVIII, 151; Isai., VIII, 10; Philipp., IV, 5.

(4) Núm., XIV, 9; Judith, XIII, 13; Isai., VIII, 10; Matth., I, 23.

(5) Psal. CXXIV, 2.

(6) Psal. CXXXVIII, 17; Cant., V, 16; Luc., XII, 4; Joann., XV, 14.

(7) Psal. IX, 10; Psal. XVII, 3; II. Reg., XXII, 3; Psal. XLIX, 15.

so del corazón; allí dice que *tiene sus delicias con nosotros* (1). Mirémosle, pues, con los ojos de la fe, regalémonos con Él y no nos cansemos de decirle que le amamos entrañablemente, que deseamos con ansia de enamorados que se rasgue el velo que nos le oculta, que se rompan pronto las ataduras de este cuerpo (2) para verle cara á cara en el cielo (3) y alabarle con los ángeles y los santos y gozar de sus abrazos amorosísimos por siglos eternos.

(1) Prov., VIII, 31.
(2) Philipp., I, 23.

(3) I. Corinth., XIII, 12; Psal. XLI, 3.



RECTITUD DE INTENCIÓN
